

NOVENA
A LA INMACULADA CONCEPCIÓN
DE MARÍA



MISIONEROS REDENTORISTAS
BASÍLICA DEL SEÑOR DE LOS MILAGROS
BUGA-VALLE-COLOMBIA

NOVENA

A LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

Esquema de la novena:

1. Oración inicial.
2. Gozos.
3. Reflexión del día.
4. Oración final.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

Soberana María, poderosa intercesora ante Dios, te agradecemos por estar cerca de nosotros y por escuchar nuestras súplicas. Al recordar tu inmaculada concepción volvemos nuestros ojos a ti para pedirte que nos infundas cada día una fe más firme y duradera.

Tú que nos ves desfallecer ante las dificultades, consíguenos de tu Hijo la fortaleza y la gracia de ser constructores de una cultura de la vida y del amor.

Protégenos de los peligros y concédenos ser discípulos misioneros de tu Hijo, Jesucristo, y Señor nuestro. Amén.

GOZOS

Tú eres toda hermosa,
¡Madre del Señor!;
Tú eres de Dios la gloria
y la obra de su amor.
Ave, Ave, Ave, María...

¡Oh rosa sin espinas!
¡Oh vaso de elección!
de Ti nació la vida,
por Ti nos vino Dios.
Ave, Ave, Ave, María...

Sellada fuente pura,
de gracia y de piedad,
bendita cual ninguna,
sin culpa original.
Ave, Ave, Ave, María...

Infunde en nuestro pecho
la fuerza de tu amor
feliz madre del Verbo,
custodia del Señor.
Ave, Ave, Ave, María...

Pureza Inmaculada
espejo del Señor
¡Oh Fuente de la gracia!
unida al Redentor.
Ave, Ave, Ave, María...

Belleza sin mancha
encanto virginal,
Tú eres la alegría
la gloria del mortal.
**Ave, Ave, Ave,
María...**

Dichosa por los siglos
los pueblos te dirán:
Tú fuiste del Dios vivo
la aurora celestial.
**Ave, Ave, Ave,
María...**



PRIMER DÍA

María, Reina

“Una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida del sol...” (Ap 12,1).

La realeza de María nace de su plena unión con Cristo, Rey del universo. En ella se cumple la promesa de Dios de exaltar a los humildes. Su corona no es de poder humano, sino de servicio y fidelidad absoluta al plan divino. Su realeza se convierte en un llamado a someter la vida al señorío de Cristo.

Reflexión

La Iglesia reconoce a María como Reina no por un título honorífico aislado, sino porque su vida entera está íntimamente unida a la obra redentora de Cristo, Rey del universo. Su realeza es consecuencia y reflejo de la realeza de su Hijo. Así como Jesús reina desde la cruz, entregando su vida por amor, María participa de ese reinado a través de la entrega total, la humildad y el servicio.

El Apocalipsis la presenta como “una mujer vestida del sol”, imagen que expresa la plenitud de gracia que la envuelve. La luz que la reviste no es propia: es la gloria de Dios que actúa en ella. La realeza de María no nace del poder o la grandeza humana, sino de su disponibilidad absoluta a la voluntad del Señor. En su “hágase” se manifiesta la aceptación plena del designio divino, que la convierte en la criatura más elevada no por mérito personal, sino por la acción de la gracia y su apertura total a ella.

La corona que la Iglesia le reconoce simboliza su victoria junto a Cristo sobre el pecado y la muerte. Pero esa corona es también un signo de su servicio: acompañar a los creyentes en

su camino hacia Dios. María es reina porque ama, porque sirve, porque entrega su vida por la misión que Dios le confió. Su presencia materna se convierte en guía, protección e intercesión constante para la Iglesia peregrina.

Por eso, su realeza es una invitación para los cristianos a someter la propia vida al señorío de Cristo, a dejar que Él gobierne cada decisión y cada acción. Contemplar a María como Reina impulsa a vivir en humildad, fidelidad y apertura al Espíritu. Ella recuerda que la verdadera grandeza consiste en dejar que Dios sea el centro, y colaborar con Él en la construcción del Reino que no pasa.

Oración final

Dios todopoderoso, que, por la inmaculada concepción de la Virgen María, preparaste una digna morada para tu Hijo y, en previsión de la muerte de Jesucristo, preservaste a su madre de toda mancha de pecado, concédenos también a nosotros, por intercesión de esta Madre Inmaculada, que llegamos a ti limpios de toda culpa. Por Cristo Nuestro Señor. Amén.

(Rezar: un Padrenuestro, un Avemaría y un Gloria al Padre).

SEGUNDO DÍA

María, Madre de misericordia

Su misericordia llega a sus fieles de generación en generación” (Lc 1,50).

María es Madre de Misericordia porque se deja llevar por la misericordia de Dios. Su mirada acoge al pecador sin condenar, y su intercesión nos recuerda que nadie está lejos del abrazo del Padre. En su Magníficat se proclama como testigo vivo de la misericordia que transforma.

Reflexión

María es llamada Madre de misericordia porque su vida entera está envuelta por la misericordia de Dios y se convierte, a su vez, en instrumento de esa misericordia para todos los creyentes. La misericordia no es para ella un concepto abstracto, sino una experiencia profundamente vivida. Desde su elección gratuita hasta cada momento de su misión maternal, María reconoce que todo en su existencia proviene de la bondad infinita del Señor. Por eso proclama en el Magnificat que la misericordia divina no es un acto pasajero, sino una presencia constante que se extiende “de generación en generación”.

María es Madre de misericordia porque acoge sin reservas. Su mirada no condena al pecador; lo invita a levantarse, a reencontrarse con la dignidad que Dios le ha dado. Su corazón maternal, libre de pecado, no excluye ni humilla, sino que tiende puentes para que el hijo herido vuelva al abrazo del Padre. Ella conoce, más que nadie, la profundidad del amor de Dios que perdona, sana y restaura, porque lo ha experimentado desde el principio de su vida.

Su intercesión es un signo permanente de esa misericordia. Quien acude a María descubre que su maternidad espiritual tiene un solo objetivo: conducir a todos hacia la fuente misma de la misericordia, que es Cristo. Ella no retiene nada para sí, sino que ofrece nuestras heridas, temores y culpas al corazón del Hijo, que siempre está dispuesto a acoger y transformar. María es también Madre de Misericordia porque permanece firme junto a quienes sufren. Bajo la cruz se convierte en ícono perfecto de la misericordia que acompaña, sostiene y consuela. Allí nos enseña que la verdadera misericordia no es solo compasión emocional, sino compromiso con el dolor del otro. Su presencia junto al Crucificado es una invitación a

aprender la misericordia en su forma más pura: la que se hace compañía, silencio, entrega y fidelidad.

Oración final

Oh Dios, que por la concepción inmaculada de la Virgen María preparaste a tu Hijo una digna morada, y en previsión de la muerte de tu Hijo la preservaste de todo pecado, concédenos por su intercesión, llegar a ti limpios de todas nuestras culpas. Por nuestro Señor Jesucristo. Amén.

(Rezar: un Padrenuestro, un Avemaría y un Gloria al Padre).

TERCER DÍA

María, Abogada nuestra

***“Tenemos un abogado ante el Padre:
Jesucristo, el justo” (1 Jn 2,1).***

Cristo es el único mediador, pero María participa de su obra intercesora. Como la Madre que estuvo al pie de la cruz, intercede por quienes luchan, caen o sufren. Su voz materna ante Dios no suplanta a Cristo, sino que conduce a Él. Su advocación impulsa la confianza en la justicia y la ternura divina.

Reflexión

San Juan nos recuerda que “tenemos un abogado ante el Padre: Jesucristo, el justo” (1 Jn 2,1). Con esta afirmación, la Iglesia enseña que Cristo es el único mediador entre Dios y los hombres, el único que, por su sacrificio redentor, puede

presentarse ante el Padre como garante de la reconciliación. Sin embargo, desde los primeros siglos, los cristianos han reconocido en María una participación única y maternal en esta obra mediadora de Cristo. Por eso la llamamos “Abogada Nuestra”.

María no es abogada por derecho propio, ni reemplaza la intercesión de Jesucristo. Su papel nace del designio amoroso de Dios: aquella que colaboró de manera singular en la encarnación del Hijo y permaneció fiel hasta la cruz continúa ejerciendo una cercanía viva con la Iglesia. Su intercesión es una extensión materna del amor de Cristo hacia sus hermanos.

Como Madre que estuvo al pie de la cruz, María comprende el dolor humano desde su raíz más profunda. Ella no intercede desde la distancia, sino desde la experiencia misma del sufrimiento, la entrega y de la esperanza. Quien se dirige a María no busca una figura paralela a Cristo, sino una aliada que, con corazón de madre, lo lleve directamente al Señor. Su misión consiste en acercar al pecador a la misericordia, al caído a la gracia y al que sufre a la consolación divina.

El título de Abogada subraya también la confianza que el creyente deposita en su intercesión. María conoce las necesidades de sus hijos, porque se inclina hacia toda fragilidad humana. Ella habla a Dios no desde el poder, sino desde la humildad; no desde la autoridad propia, sino desde la intimidad que la une al Hijo. Su voz ante Dios es la de la Madre que presentó a Jesús en el templo, la que lo acompañó en su ministerio y la que, en el momento supremo, recibió como misión nueva el cuidado de todos los discípulos: “Ahí tienes a tu hijo”.

Acudir a María como Abogada no debilita nuestra relación con Cristo; al contrario, la fortalece. Ella nos enseña a confiar en la

justicia divina, que no es castigo sino restauración, y en la ternura de un Dios que siempre se inclina hacia los pequeños. Su intercesión nos anima a levantarnos, a volver a empezar y a creer que el amor de Dios puede transformar incluso las situaciones más difíciles. Así, María, Abogada Nuestra, aparece como un puente seguro que nos conduce hacia Cristo, la fuente de toda gracia y salvación.

Oración final

María, Virgen Inmaculada, la llena de gracia, te felicitamos por tu adhesión a la voluntad de Dios y te rogamos que intercedas por nosotros para que sirvamos a Cristo con mayor fidelidad y compromiso. Amén.

(Rezar: un Padrenuestro, un Avemaría y un Gloria al Padre).

CUARTO DÍA

María, estrella del mar

“Una luz brilla en las tinieblas” (Jn 1,5).

Para los navegantes antiguos la estrella era guía segura en la oscuridad del mar. María cumple hoy ese papel espiritual: ilumina en medio de la confusión, orienta hacia Jesús y mantiene firme la esperanza. Quien fija la mirada en su fe serena no se pierde en las tempestades de la vida.

Reflexión

Desde los primeros siglos, los cristianos han visto en María a la Stella Maris, la Estrella del Mar que guía a los navegantes hacia puertos seguros. En un tiempo en que no existían brújulas ni instrumentos de orientación, el marinero dependía

totalmente de la luz de las estrellas para no perderse en la inmensidad del océano. La estrella era señal de dirección, de estabilidad y de esperanza. Esta imagen fue asumida por la Iglesia para explicar la función espiritual de María en el camino de la fe.

El Evangelio proclama que “una luz brilla en las tinieblas” (Jn 1,5), y esa luz es Cristo. María no es la luz, pero sí es la estrella que indica dónde está la luz verdadera. Su misión no es atraer la atención hacia sí misma, sino señalar el camino seguro que conduce al Señor. Su vida está tan unida a Cristo que quien mira su fe, su obediencia y su humildad, encuentra la dirección que necesita para encontrar al Salvador.

María se convierte en Estrella del Mar especialmente en los momentos de confusión, cuando las pruebas, dudas o sufrimientos levantan “olas” que amenazan la serenidad del corazón. En esos momentos, su presencia materna ilumina como un punto fijo en el horizonte: recuerda que Dios no abandona, que Jesús es más fuerte que cualquier tempestad, y que el creyente no está solo en la travesía. Su fe firme en medio de las

Como Madre de la Iglesia, María enseña a vivir la fraternidad, recordando que la comunidad cristiana nace del costado abierto de Cristo y debe reflejar su amor. Invita a superar divisiones, a escuchar la voz del Espíritu y a acoger al prójimo con la misma ternura con que ella acogió a Jesús. Su maternidad es estímulo permanente para renovar la misión evangelizadora, porque quien contempla a María aprende a llevar a Cristo a los demás con sencillez, entrega y fe profunda.

María, Madre de la Iglesia, es, por tanto, modelo y protectora. En ella la comunidad encuentra consuelo en las pruebas, fortaleza en las dificultades y orientación segura en los

desafíos pastorales. Su presencia materna impulsa a la Iglesia a vivir en constante conversión y a mantener viva la esperanza en las promesas del Señor.

Oración final

Oh Virgen Inmaculada, Madre de misericordia, te consagramos en este día todo nuestro ser y todo nuestro amor. Te consagramos también nuestra vida, nuestros trabajos, nuestras alegrías, nuestras enfermedades y nuestros dolores. Danos la paz, la justicia y haznos fieles discípulos de tu Hijo. Amén.

(Rezar: un Padrenuestro, un Avemaría y un Gloria al Padre).

QUINTO DÍA

María, Madre de la Iglesia

“Ahí tienes a tu madre” (Jn 19,27).

En el Calvario, Jesús entrega a María como Madre de todos los discípulos. Desde entonces acompaña la vida de la Iglesia, fortalece la comunión y sostiene la misión evangelizadora. Su maternidad eclesial invita a vivir la fraternidad, la escucha del Espíritu y la apertura al prójimo.

Reflexión

En el momento culminante de la redención, cuando Cristo entrega su vida en la cruz, se revela el papel materno de María hacia toda la comunidad de creyentes. Jesús dirige al discípulo

amado —figura de todos los discípulos— las palabras que constituyen solemnemente la maternidad espiritual de María. Desde ese instante, la Iglesia reconoce en ella no solo a la Madre del Señor, sino también a la Madre que acompaña, guía y sostiene a quienes siguen a Cristo.

Su maternidad no es un acto simbólico ni un título honorífico, sino una misión real dentro del misterio de la salvación. Su maternidad no es un acto simbólico ni un título honorífico, sino una misión real dentro del misterio de la salvación. María acoge al discípulo y, con él, a todos los que forman la Iglesia. Así como custodió los primeros pasos del Hijo de Dios en la tierra, también custodia la vida espiritual de la comunidad cristiana. Su presencia en el Cenáculo, en oración junto con los apóstoles, muestra que continúa animando la unidad, la perseverancia y la docilidad al Espíritu Santo.

Las dificultades —desde el anuncio del ángel hasta la oscuridad del Calvario— revelan un corazón que nunca se dejó vencer por la duda o el temor.

Quien fija la mirada en María no se pierde, porque ella conduce siempre hacia Cristo. Su ejemplo enseña a mantener la esperanza cuando todo parece incierto, a conservar la paz cuando surgen tempestades interiores, y a caminar con confianza aun cuando no se ve el destino final. La Estrella del Mar no quita las olas, pero asegura que el rumbo no se pierda. Así, el creyente aprende a navegar su vida espiritual con serenidad: siguiendo el resplandor de María, que no es otra cosa que el reflejo de la luz perfecta de Cristo.

Oración final

Inmaculada María, tú que reconociste las maravillas que el Todopoderoso hizo en ti, enséñanos a descubrir su amor y su

misericordia. Haznos sencillos como tú y, al final de nuestro camino por este mundo, llévanos junto a tu Hijo Jesús, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

(Rezar: un Padrenuestro, un Avemaría y un Gloria al Padre).

SEXTO DÍA

María, Inmaculada Concepción

“Alégrate, llena de gracia” (Lc 1,28).

Ser “llena de gracia” revela una vida totalmente habitada por Dios desde su origen. María es signo de lo que Dios quiere hacer en cada creyente: liberarlo del pecado y llevarlo a la plenitud. Su Inmaculada Concepción anticipa el destino de la humanidad redimida y anima a caminar en santidad.

Reflexión

«Alégrate, llena de gracia» (Lc 1,28). Con estas palabras, el ángel revela la identidad más profunda de María: ella es la plenamente agraciada, la mujer en quien la gracia de Dios ha obrado desde el primer instante de su existencia. No se trata solo de un elogio, sino del reconocimiento de una acción única de Dios en la historia de la salvación.

La Iglesia enseña que María fue preservada de toda mancha de pecado original en atención a los méritos futuros de Cristo. La salvación traída por Jesús se aplica a su Madre de manera anticipada y perfecta, porque debía ser la morada que recibiría al Hijo eterno hecho hombre. Dios la prepara con amor infinito, manifestando que la iniciativa en el plan de salvación es siempre suya.

Ser “llena de gracia” significa que la vida de María está totalmente habitada por Dios. Su mente, su corazón, su voluntad y sus afectos están orientados al Señor. Todo en ella es transparencia de la acción divina. No fue redimida por haber sido mejor que los demás, sino porque Dios quiso mostrar en ella lo que desea realizar también en nosotros: un corazón libre del egoísmo, abierto al amor, dócil al Espíritu.

La Inmaculada Concepción no separa a María de la humanidad, sino que la sitúa como primicia de la humanidad redimida. Ella es anticipo de aquello para lo que todos hemos sido creados: la santidad plena. Por eso, contemplar a María Inmaculada no debe producir distancia, sino esperanza. En ella vemos cumplido el destino que Dios quiere para todos sus hijos.

Este misterio ilumina también la vida moral del creyente. La pureza de María no es ausencia vacía, sino plenitud; es la presencia activa de Dios que transforma y embellece. Su vida invita a rechazar el pecado no por miedo, sino por amor: porque el pecado entristece y oscurece lo que Dios ha creado para resplandecer. María muestra que la libertad humana alcanza su mayor dignidad cuando se deja llevar por la gracia.

Finalmente, la Inmaculada nos enseña el camino de la fidelidad. Su sí no fue fruto de un momento aislado, sino de una existencia entera configurada con Dios. La gracia preveniente hizo posible su respuesta generosa, y ella la acogió plenamente. Así, la vida de María se convierte en escuela de confianza: si Dios actuó maravillas en ella, también puede transformarnos a nosotros si abrimos el corazón.

María Inmaculada es, por tanto, signo de esperanza, modelo de santidad y promesa de redención. Al contemplarla, descubrimos que la gracia de Dios es más fuerte que el pecado y que la santidad es un camino posible para todos los creyentes.

Oración final

María, Virgen y Madre nuestra, venimos ante ti con el corazón lleno de gozo para celebrar tu Inmaculada Concepción. Te pedimos humildemente que nos enseñes a seguir a tu Hijo Jesús y a hacer lo que Él nos dice en su Palabra. Amén.

(Rezar: un Padrenuestro, un Avemaría y un Gloria al Padre).

SÉPTIMO DÍA

Títulos de la Salve Regina: Puerta del Cielo y Consuelo de los Afligidos

“Yo soy la puerta. El que entre por mí se salvará” (Jn 10,9).

Cristo es la puerta; María, como madre que nos conduce al Hijo, es llamada “Puerta del Cielo” porque orienta hacia la salvación. También es “Consuelo de los afligidos” porque hace presente la ternura de Dios en la prueba. Su cercanía materna recuerda que ninguna situación humana está fuera del alcance de la gracia.

Reflexión

Jesús se presenta a sí mismo como la única puerta que conduce a la salvación: “Yo soy la puerta. El que entre por mí se salvará” (Jn 10,9). Este anuncio recuerda que todo acceso

a la vida eterna tiene su origen en Cristo, el único Mediador. Sin embargo, la Iglesia reconoce que María, por la misión recibida y por su íntima unión con el Hijo, orienta a los creyentes para entrar por esa puerta. Por eso la tradición la llama "Puerta del Cielo": no en el sentido de ser un camino paralelo, sino como la madre que guía, acompaña y conduce hacia Cristo, la verdadera puerta.

Así como en la Anunciación abrió su corazón para que el Salvador entrara en el mundo, también abre hoy su maternidad espiritual para que los creyentes se acerquen sin miedo a Él. En su vida todo apunta al Hijo: sus palabras, su silencio, su acompañamiento en el Calvario y su presencia en la Iglesia naciente. Quien se acerca a María no se queda en ella, sino que llega con mayor seguridad a Cristo. Por eso la devoción mariana auténtica nunca nos aparta de Jesús; al contrario, facilita el encuentro con Él.

La misma oración de la Salve Regina la invoca además como "Consuelo de los afligidos". Este título expresa una verdad profundamente humana y espiritual: María se hace cercana a quienes sufren, no desde un poder distante, sino desde la compasión de quien ha vivido el dolor en su propia carne. Ella conoce la pobreza de Belén, la incompreensión de Nazaret, la angustia al perder al Niño, la agonía del Calvario. En sus dolores se revela una maternidad capaz de abrazar el sufrimiento de todos sus hijos.

Cuando la Iglesia la invoca como consuelo, afirma que María hace presente la ternura de Dios incluso en las situaciones más oscuras. Su intercesión no elimina mágicamente las dificultades, pero sostiene, ilumina y fortalece. Su mirada materna nos recuerda que ninguna herida humana es invisible para Dios y que

incluso en los momentos de mayor fragilidad, la gracia puede obrar silenciosamente.

Llamarla “Puerta del Cielo” y “Consuelo de los afligidos” es, por tanto, reconocer dos dimensiones complementarias de su misión: conducir hacia Cristo y acompañar en el camino. Su presencia materna orienta hacia la salvación y, al mismo tiempo, ofrece un refugio de paz para quienes llevan cargas pesadas. En ella se unen la esperanza del cielo y la misericordia de la tierra, invitando al creyente a confiar plenamente en la obra de Dios.

Oración final

Inmaculada María, mujer fuerte, la que inspira confianza, la del valor probado en el sí sin condiciones, la que creíste: da luz a nuestra inteligencia, fortalece nuestra voluntad, haznos sencillos de corazón. Queremos ser fuertes en la dificultad. Queremos pureza en nuestra vida. Queremos capacidad de entrega sin esperar correspondencia. Madre y Maestra, ayúdanos a hacer la voluntad de Dios. Amén.

(Rezar: un Padrenuestro, un Avemaría y un Gloria al Padre).

OCTAVO DÍA

Gracias que María dispensa según la Salve Regina

“Hagan lo que Él les diga” (Jn 2,5).

En Caná se revela el modo en que María dispensa gracias: conduce siempre a la obediencia a Cristo. Toda gracia que llega por su intercesión está ordenada a la conversión y al

seguimiento del Señor. Su acción maternal no sustituye la voluntad del creyente; la orienta y fortalece.

Reflexión

El episodio de las bodas de Caná constituye el fundamento bíblico más claro del modo en que María actúa en la vida espiritual del creyente. Cuando señala a Jesús y declara: “Hagan lo que Él les diga” (Jn 2,5), revela su permanente misterio de la salvación: conducir a la obediencia de la Palabra, orientar hacia la voluntad de Dios y abrir el corazón a la acción de Cristo.

En Caná, María no actúa como protagonista, sino como puente. Observa la necesidad, la presenta a Jesús y dispone a los servidores a escucharle. Estos 3 aspectos –mirada compasiva, intercesión confiada y orientación hacia Cristo– define el modo en que la Iglesia comprende las gracias que ella dispensa. María no otorga gracias por cuenta propia ni independiente del Hijo; su intercesión acompaña, sostiene y predispone al corazón humano para recibir la gracia que viene de Dios.

La expresión de la Salve Regina: “Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos” expresa justamente este dinamismo. María mira con misericordia, no con juicio; mira con la ternura de una madre que desea que sus hijos vivan en gracia. Esa mirada mueve a la conversión, despierta el deseo de un corazón nuevo y aviva la confianza para volver a Cristo aun después de haber fallado. La gracia que llega por su intercesión tiene siempre un sello distintivo: conduce a la conversión y al seguimiento de Jesús. María educa en la fe como buena madre: enseña a escuchar, a discernir, a obedecer y a perseverar. su intervención no suplanta la voluntad humana, sino que la fortalece y la dirige hacia la libertad auténtica, que

consiste en elegir el bien. En Caná, el milagro no habría ocurrido sin la disposición de los servidores. De igual manera, las gracias marianas requieren apertura interior. María suscita esa apertura invitando a confiar, a no resistirse, a renunciar al miedo y al cálculo humano. La obediencia a Jesús es fruto de esa disposición mariana que facilita el encuentro entre la necesidad del hombre y el poder transformador de Cristo.

Por eso la Iglesia afirma que María es Madre y Educadora espiritual: enseña el camino más seguro –la obediencia a la Palabra– y prepara el terreno para que la gracia dé frutos. En ella vemos que toda gracia auténticamente cristiana conduce a la santidad, a la caridad y a la misión. Así, pedir su intercesión no es un acto sentimental, sino un acto de fe y de madurez cristiana. María nos introduce en la dinámica del Evangelio, donde cada día se renueva la invitación a “hacer lo que Él nos diga” para que Cristo transforme el agua de nuestra fragilidad en el vino nuevo de una vida plena.

Oración final

Oh Inmaculada María, a ti recurrimos confiados. Ven en nuestra ayuda todos los días de nuestra vida, pero sobre todo en los momentos de dificultad, como los que afrontamos ahora...madre de bondad, anímanos, fortalécenos e intercede para que podamos vivir las enseñanzas de tu Hijo. Amén.

(Rezar: un Padrenuestro, un Avemaría y un Gloria al Padre).

NOVENO DÍA

Las fiestas principales de la Virgen

“María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón” (Lc 2,19).

Cada fiesta mariana recuerda un momento en el que la obra de Dios se manifiesta en la vida de María. Celebrarlas impulsa a meditar como ella los misterios de Cristo y a asumirlos en la vida diaria. Las fiestas marianas renuevan la fe y avivan la memoria agradecida del pueblo de Dios.

Reflexión

Las fiestas marianas son momentos privilegiados en los que la Iglesia contempla, celebra y actualiza la obra de Dios realizada en María. Cada festividad —su Concepción Inmaculada, su Maternidad Divina, la Anunciación, la Visitación, la Asunción, entre otras— ilumina una dimensión particular del misterio de la salvación y nos permite acercarnos con mayor hondura al misterio de Cristo.

Así como María guardaba en su corazón cada acontecimiento de la vida de Jesús, también la Iglesia, en sus celebraciones, medita estos misterios para comprender mejor el plan de Dios. En María, todo está orientado hacia Cristo: sus privilegios, su misión, su santidad y su camino de fe. Por eso, las fiestas marianas no sólo exaltan a la Madre, sino que conducen al centro mismo del Evangelio.

Celebrar una fiesta de la Virgen es detenerse en la historia de la salvación para reconocer la acción del Espíritu Santo que preparó, acompañó y glorificó a María. Es recordar que Dios actúa en la historia concreta y que el sí de María permitió la entrada del Salvador en el mundo.

En cada celebración mariana, la Iglesia aprende nuevamente a escuchar, acoger y meditar la Palabra, como ella lo hizo.

Estas fiestas también fortalecen la identidad del pueblo de Dios, porque presentan a María como modelo de fe, obediencia y discipulado. Contemplar sus actitudes —la humildad de la Anunciación, la caridad de la Visitación, la firmeza del Calvario, la esperanza de su Asunción— ayuda a los creyentes a integrar esos valores en la vida cotidiana.

Finalmente, las fiestas marianas renuevan la memoria agradecida del pueblo cristiano. En ellas se reconoce la cercanía materna de María, su intercesión constante y su presencia en la vida de la Iglesia. Celebrarlas es una oportunidad para reavivar la fe, fortalecer la oración, profundizar la devoción y renovar la entrega a Cristo. Así, cada fiesta mariana se convierte en un camino que lleva al encuentro con el Señor, de la mano de su Madre.

Oración final

Santa María, Reina del cielo, Madre de nuestro Señor Jesucristo, peregrina con nosotros hacia Dios y alcánzanos de tu Hijo el perdón de nuestros pecados y las gracias que necesitamos, para que quienes ahora recordamos tu Inmaculada Concepción, merezcamos alcanzar el premio de la bienaventuranza eterna. Amén.

(Rezar: un Padrenuestro, un Avemaría y un Gloria al Padre)

EL DOGMA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Cada 8 de diciembre, la Iglesia celebra el dogma de fe que nos revela que, por la gracia de Dios, la Virgen María fue preservada del pecado desde el momento de su concepción, es decir, desde el instante en que comenzó su vida humana.

El 8 de diciembre de 1854, en su bula *Ineffabilis Deus*, el papa Pío IX proclamó este dogma: **«Declaramos, proclamamos y definimos que la doctrina que sostiene que la Beatísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original en el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús, Salvador del género humano, está revelada por Dios y debe ser, por tanto, firme y constantemente creída por todos los fieles...»** (Pío IX, *Bula Ineffabilis Deus*, 8 de diciembre de 1854).

María es la "llena de gracia", lo cual significa una particular abundancia de gracia: es un estado sobrenatural en el que el alma está unida con el mismo Dios.

María, como la Mujer esperada en el Protoevangelio (Gn 3,15), se mantiene en enemistad con la serpiente porque es llena de gracia.

Las devociones a la Inmaculada Virgen María son numerosas, y entre sus devotos se destacan santos como san Francisco de Asís y san Agustín. Además, la devoción a la Concepción Inmaculada de María fue difundida por toda la Iglesia de Occidente por el papa Sixto IV en 1483.

*Porque Ella ha sido bendecida con toda la perfección, es motivo para ser admirada.
Porque Ella ha sido colmada de la gracia de Dios, es motivo para ser querida y ensalzada
Porque Ella ha sido llena del Espíritu Santo, es motivo para ser reverenciada*